

La hipótesis de Lida

José Zanca

Universidad de San Andrés, Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina
jzanca@udesa.edu.ar

Recibido: 22/03/2017.

Aceptado: 15/04/2017.

Hace apenas un poco más de veinte años veían la luz las primeras **historias de la iglesia**, producidas por historiadores cuyo interés no estaba estructurado en torno a una visión teológica del pasado. El deseo por explorar los vínculos entre política y religión en el siglo XX movilizó los primeros trabajos de Lila Caimari, José María Ghio, Loris Zanatta, Susana Bianchi, Fortunato Mallimaci y Luis Alberto Romero, entre otros. El papel político que había jugado la iglesia católica durante el siglo XX, sus vínculos con el nacionalismo y las Fuerzas Armadas, su rol en la construcción de la “Argentina autoritaria” eran los puntos más importantes de esa inaugural agenda de investigación. En esas obras pioneras – y tal vez por esa condición – las nociones de iglesia y catolicismo tendían a superponerse. No se asimilaban en forma completa, pero hoy distinguimos más claramente que, si bien inscriptos en el mismo campo de fuerzas, laicos, sacerdotes, obispos y jerarquía romana operan en una constante tensión.

Que Miranda Lida haya preferido el término **catolicismo** a **iglesia** es sintomático del camino que ha transitado la historiografía sobre lo religioso en Argentina. Y es una decisión perfectamente coherente al observar sus trabajos previos, que a lo largo de dos décadas cimentaron esta obra de síntesis. En ellos podemos apreciar una serie de interrogantes que guiaron su pesquisa desde muy temprano y que recorrieron diferentes niveles de análisis en la exploración del mundo católico. Desde el discurso intelectual hasta las representaciones colectivas desplegadas en las movilizaciones masivas de los años de 1930 y 1940. De los debates legislativos sobre la educación religiosa a la

construcción de una prensa católica de masas. Cómo el catolicismo había enfrentado los desafíos de la modernización en la Argentina del siglo XX es el hilo invisible que vincula tan dispares escenarios. En buena medida sus trabajos llegaron para disentir con una mirada en la que el catolicismo y la iglesia eran percibidos como un “peso muerto” en el devenir cultural e institucional del siglo pasado. Retrograda en términos culturales, reaccionaria en términos sociales, conservadora y derechista en términos políticos. La iglesia y los católicos eran, junto a las Fuerzas Armadas y los sindicatos, un lastre para el despegue de una política de partidos democrática. *C’est tout?* A medida que uno recorre los trabajos de Lida encuentra que tales afirmaciones se van matizando y en muchos casos revirtiendo. Al llegar a **La historia del catolicismo en la Argentina** nos encontramos con una hipótesis pulida y acabada. Aun, cuando ella misma prefiera pensar en un **epílogo sin final**. A lo largo del programa que plantea el libro, la autora confía en poder dar cuenta del modo en que se fue conformando históricamente la relación entre la iglesia católica y la sociedad argentina, así como las implicancias políticas que se derivaron de ello. De ese modo, esta historia del catolicismo aspira a ser una historia social, cultural y política en sentido amplio. Desde fines del siglo XIX, con la inmigración de masas y la inserción de Argentina en el mundo, el catolicismo adoptó un carácter internacional, incluso cosmopolita. Lejos de la imagen cerrada y telúrica que su asociación al nacionalismo de los años treinta dejaría en la retina de los observadores, una mirada de largo plazo pone de manifiesto su capacidad de adaptación y constituye un fuerte indicador de modernidad en su seno, aspectos que la autora considera indispensables para comprender sus matices y clivajes.

De lo dicho se desprende, sin necesidad de ser demasiado perspicaz, que una obra de horizontes tan ambiciosos implica un desafío audaz. Describir y analizar, respetando matices y desligándose de prejuicios, un siglo de la historia del catolicismo argentino, nos abre la puerta a una selva de problemas, que Miranda Lida ha sorteado en forma magistral. Ofrezco tres posibles claves de lectura para *Historia del catolicismo en la Argentina*, que no pretenden ser ni originales ni exhaustivas, en un trabajo que propone una hipótesis compleja, difícil de asir en un solo párrafo. Entre ellas la primera es, tal vez, la más obvia: en principio el trabajo es una historia social integral del catolicismo argentino. Un enfoque en el cual Lida ha hecho un aporte indiscutible a la historiografía religiosa local, mucho más centrada en la dinámica política de la iglesia como institución y de las organizaciones católicas como vectores de un segmento de la

opinión pública. Y lo es en los dos sentidos de la historia social: como una historia desde la práctica social de lo religioso, pero también como una historia con pretensiones de totalidad. La mirada de Lida se detiene a observar los rituales en las naves de las iglesias, asciende para escuchar las voces de los prelados, se abalanza hacia la calle para identificar un imaginario original y se sumerge en la lectura de la prensa confesional. Las preguntas que acompañan esta excursión son tan sencillas como ambiciosas. Se trata de pensar al catolicismo no ya como una *rara avis* del escenario público, sino de indagar cuánto se parecen y cuánto se distinguen las prácticas del catolicismo del resto de las prácticas sociales, en especial, de los sectores medios y altos que conformaron el grueso del laicado durante el siglo XX.

Una segunda clave de lectura invita a pensar la cultura católica y su conflictiva relación con la modernización. Conflictiva porque el trabajo de Miranda Lida exhibe las contradictorias reacciones frente a fenómenos como la urbanización, el incremento de la complejidad social o el individualismo. Allí donde el discurso anticlerical de las primeras décadas del siglo XX veía en el catolicismo una fuerza retrograda y antimoderna, Lida rescata la preocupación de laicos y sacerdotes por actualizar los métodos de prédica, el acceso de todos los sectores sociales a la práctica devocional, el desplazamiento de la vida religiosa en nuevos escenarios urbanos. En forma paralela a la consolidación del estado nacional, Lida destaca las voces que clamaban por la necesidad de europeizar al catolicismo local, en principio elevando el nivel moral e intelectual del clero, aumentando su refinamiento y “buen gusto”, una preocupación de primer orden entre las autoridades religiosas de la segunda mitad del siglo XIX. El proceso de refinamiento del clero fue acompañado por un mejoramiento de los edificios religiosos. De este modo, las parroquias se hicieron de templos cada vez más amplios y mejor decorados, ya que comenzaron a traer imágenes sagradas de Europa. El florecimiento urbano exponía a la iglesia a una contradictoria relación con la modernización, que se repetiría a lo largo del siglo. Surgían voces en el campo religioso que reclamaban la necesidad de “adaptar” los medios –soñando con mantener incólume la “esencia”– a los nuevos tiempos. Pero los canales para ese *aggiornamento* se terminaban convirtiendo en correas, a su vez, para la transmisión de una ideología modernizadora, que afectaría eventualmente la misma lógica interna del funcionamiento clerical. Por eso Lida subraya que la relación entre el catolicismo y las urbes era ambigua. Por un lado y tempranamente las parroquias se desplegaron en la ciudad,

ocupando los barrios de la clase alta, así como los arrabales más populares. Al mismo tiempo sus voceros recelaban de la ciudad, un artefacto que encarnaba a la modernidad con más precisión que cualquier otro. De ahí que la cultura católica apelara al criollismo como un mecanismo para mitigar esa influencia citadina, en su hibridación con el nacionalismo. El uso de los modernos instrumentos de penetración, propios de la sociedad de masas, fue otro ejemplo de este intento del catolicismo por valerse de la modernización, sin asumir las consecuencias ideológicas de la modernidad. Lida presenta una detallada síntesis de la expansión de las industrias editoriales católicas, otorgándoles un papel clave para entender el éxito del Congreso Eucarístico Internacional de 1934 y viceversa, puesto que el Congreso católico puso en evidencia hasta qué punto se encontrarían estrechamente entrelazados el catolicismo argentino y la modernidad urbana en esa década. Como otras industrias culturales, las del catolicismo debieron navegar en la tensión inherente a los tironeos entre la ideología y las demandas del mercado.

Hasta mediados del siglo XX el catolicismo se preocupó por adaptarse a la sociedad de masas, adelantándose, en muchos casos, a prácticas que otras organizaciones comúnmente caracterizadas como “modernas” incorporarían posteriormente. La movilización de la mujer, por ejemplo, o el despliegue de masas encuadradas en un meditado esquema organizativo, son aspectos del desarrollo moderno del catolicismo de masas. Las organizaciones de la militancia laica ocuparon la calle en forma creciente a medida que nos acercamos al contexto de la Segunda Guerra mundial. La Acción Católica integró al laicado en una organización nacional que tenía fuerte presencia en todo el país, en las grandes urbes y en los pequeños pueblos, entre los sectores sociales más encumbrados hasta los más humildes, sin dejar a nadie fuera. Estas características convirtieron a la Acción Católica en un agente homogeneizador y nacionalizador, cumpliendo una función pedagógica no sólo sobre sus afiliados y aspirantes, sino sobre un amplio conjunto de potenciales destinatarios. Por supuesto, la avalancha de discursos condenatorios a la modernidad que enarbolaron los intelectuales católicos de entreguerras parecería contradecir lo anterior. Éstos no dudaban en identificar el origen de la Europa “sin Dios” con la herejía protestante del siglo XVI, de la que se derivaba el cartesianismo, el ateísmo ilustrado, la Revolución Francesa y su hijo más peligroso, el comunismo que había coronado su aventura filosófica en 1917. Era la burguesía liberal la principal culpable de semejante desatino. Y ella era, al mismo

tiempo, quien se convertiría en la primera víctima cuando los nuevos bárbaros tomaran la ciudadela de la civilización. Esta es la parte más recorrida del derrotero del mundo de las ideas y los intelectuales católicos en el siglo XX. Lida propone, a través de un *excursus* por la revista *Criterio*, revisar las aspiraciones de una publicación que deseaba –y en muchos casos conseguía– insertar su discurso exitosamente en el debate intelectual, proponiendo una agenda en la que se superponía la fascinación política y el interés estético otorgándole al catolicismo una voz pública, capaz de llegar a los lectores cultos, sin importar su color político. La *gran revista católica* del siglo XX, como la denominara Beatriz Sarlo, nos obliga siempre a repensar la linealidad de las miradas sobre la cultura católica.

Finalmente, *Historia del catolicismo en la Argentina* puede ser leída como un recorrido por las estrategias que un segmento de los grupos dominantes argentinos desplegaron frente a la conflictividad social del siglo. La presencia pública de la iglesia, la integración y militancia de cada vez más laicos en su seno, trasladó las diferencias sociales al interior del campo religioso. Lida subraya en numerosos tramos del trabajo la diversidad de sensibilidades que se manifestaban en una pluralidad de modos de ser cristiano en el mundo. Por ejemplo, el imperio de la moda obligó al catolicismo a reforzar la prédica de una “contracultura” católica. En el caso de las mujeres, éstas no debían perderse en la provocación, la sofisticación y el lujo, independientemente de su clase y posición social, el acceso que tuvieran a la moda parisina, o el deseo de instrumentalizar esos recursos para acentuar su distancia social. La exhortación eclesiástica las convocaba a mantener el “buen gusto”, la elegancia “sin ostentación” y el decoro. Sin embargo, para Lida estas interpelaciones son reveladoras de la existencia de prácticas heterogéneas en el catolicismo. Estas diferencias iban desde la estética que enmarcaba el ritual religioso –tan distintos en las adornadas parroquias de la burguesía porteña de las capillas de los barrios– hasta el origen étnico y social de muchos de sus fieles. La jerarquía eclesiástica –en coincidencia con las estrategias de las elites estatales– encontró en los mecanismos de integración y homogeneización el exorcismo ideal frente a este latente peligro de disolución. La negociación entre jerarquía y laicos se ponía de manifiesto en estas prácticas sociales, y no sólo en el discurso ideológico que podríamos encontrar en la prensa religiosa de la época. Y dejaba en evidencia que la cultura católica de la primera mitad del siglo XX se parecía más a una versión matizada

y un tanto singular de la “Argentina liberal”, que a una autónoma y profunda cultura de la “nación católica”.

Esta tensión entre los deseos de la jerarquía y las necesidades del laicado se dieron en el marco de la irrupción de una cultura de masas. En esta homogeneización deseada del movimiento católico, la jerarquía eclesiástica incrementó su poder y el laicado debió resignarse ocupar posiciones menos influyentes que en épocas anteriores. En ese aspecto, la jerarquía acompañó la conformación de una sociedad de masas, más anónima, más burocrática en comparación con los tiempos pasados, presionando para disolver el padrinazgo de unos pocos apellidos de estirpe. Al igual que en otros andariveles sociales, en la iglesia de masas las élites tradicionales perdieron peso a expensas de curas "grises", en términos de alcurnia social.

En el esquema que nos presenta Miranda Lida la creación de organizaciones para el encuadramiento del laicado, desde los primeros ensayos –los *Círculos Católicos de Obreros*, la *Unión Popular Católica Argentina*, etc.– hasta los más exitosos –la *Acción Católica* por ramas– aparecen como un intento de la jerarquía católica por disolver esta heterogeneidad bajo el paraguas de la identidad religiosa. Los horizontes de esa ambición se fueron acrecentando a medida que los proyectos liberales de homogeneización social iban mostrando sus límites. En las décadas de 1930 y 1940 la jerarquía podía estar satisfecha. Había creado un inmenso movimiento católico que contenía a niños, jóvenes y adultos, a varones y mujeres, a obreros y a escritores. Un movimiento que logró movilizar a la población en cantidades casi inéditas en Argentina. En ese sentido, y en términos políticos, la Iglesia se benefició de la crisis del liberalismo. En términos sociales, sostiene Lida, la Iglesia logró canalizar el deseo de los sectores medios por concretar sus expectativas de ascenso identificándose con una institución que les garantizaba un certificado de decencia, buenas costumbres y decoro, y la perspectiva de una sociedad previsible, segura y ordenada. La llegada del peronismo, sin embargo, vendría a cristalizar ese deseo social de homogeneización pero sobre bases distintas a las que planteaba el catolicismo. No sólo generó un quiebre en su seno –clases medias y altas que se identificaron rápidamente con el anti peronismo, mientras sacerdotes y jerarquía encontraban en el nuevo estado un interlocutor válido para sus reclamos–, sino que también desplazó a la iglesia en su papel de agente de un discurso normativo. El nuevo estado peronista se reivindicó como el creador de una doctrina social propia –que lentamente fue soltando amarras de la tutela eclesiástica– y

con la autoridad suficiente para distinguir entre los “buenos” y “malos” cristianos. En definitiva, como afirmaban muchos peronistas, Perón aplicaba en forma práctica el programa retórico de Jesucristo.

Historia del catolicismo en la Argentina es un trabajo sin fisuras. Entre sus múltiples atributos, se destaca su cualidad de incentivar el diálogo sobre las características del catolicismo argentino, así como de las estrategias para abordar su estudio. Dos comentarios podrían abrirlo. El primero se vincula con las derivas del catolicismo entre 1945 y el Concilio Vaticano II (1962-1965). En ese plano el libro señala dos características singulares: por un lado, a la jerarquía como mediadora en el conflicto político y social, en especial después de 1955, cuando una sociedad con acuerdos endebles volvía necesaria la intervención de una institución que se pretendía “al margen” de la conflictividad política. Por el otro, el intenso rechazo a la cultura burguesa entre los jóvenes católicos de la posguerra, y el impulso misionero hacia el interior del país y los sectores postergados económicamente de las grandes urbes argentinas. Vinculado al espíritu anti burgués del catolicismo de los sesenta, se desarrollaría una ruptura con su matriz europeizante. Como sustento de esta afirmación la autora llama la atención sobre la sucesión de congresos católicos panamericanos que se repitieron luego de 1945 y cómo éstos ayudaron a tender vínculos entre el catolicismo argentino y el latinoamericano. Sostengo, en ese sentido, que el fortalecimiento de una representación identitaria latinoamericana no necesariamente fue en desmedro de la recurrencia a una matriz europea. Entiendo que el lazo entre el catolicismo argentino y el del viejo continente –incluso más allá del nativismo expresado por muchos católicos de los años sesenta– nunca se agrietó. Aun una revista tan poco adepta a los debates teológicos como *Cristianismo y revolución* nunca dejó de publicar a autores como Richard Shaull o Jürgen Moltmann, o dar cuenta de una carta del Círculo de Cultura Jacques Maritain de Rimini dirigida al Paulo VI, conminándolo a “no dar la mano a los asesinos de Vietnam”.

La segunda es una pregunta que acepta la invitación que formula el libro, es decir, la posibilidad de reflexionar sobre el catolicismo en la perspectiva de un siglo. Y se enmarca en una temática amplia y frondosa, como es la de las relaciones complejas entre religión y cultura. Si efectivamente, como lo señala Lida, el perfil del catolicismo se fue adaptando a los cambios socioculturales de la Argentina de siglo XX –la construcción de un estado homogeneizador, el conflicto social, la democratización, las

estrategias desplegadas en la sociedad de masas, la construcción de una estado social y la crítica a la burguesía en su crisis de la segunda posguerra– ¿Cuáles serían los rasgos que distinguirían al catolicismo de otras formas de intervención de los sectores medios y altos? Es decir ¿hasta qué punto la pertenencia a organizaciones católicas le dio a un ciudadano o ciudadana argentina un sentido original en la forma de pensar o de percibir los profundos cambios del siglo XX?

No cabe duda que *Historia del catolicismo en la Argentina* está llamado a convertirse en una obra de referencia tanto para los interesados en la historia religiosa, como para todos aquellos que deseen escrutar las vertiginosas mutaciones de la Argentina en el siglo XX desde una perspectiva diferente.



José Zanca es Profesor de Historia por la Universidad de Buenos Aires, Magíster en Investigación Histórica y Doctor en Historia por la Universidad de San Andrés. Es investigador adjunto del CONICET (Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Tecnológicas). Entre sus libros se destacan *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad (1955-1966)* (2006); *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina (1936-1959)* (2013). Ha coordinado numerosas obras colectivas, entre las que se destacan *Pasiones anticlericales. Un recorrido iberoamericano* (2014) y *Fronteras disputadas: religión, secularización y anticlericalismo en la Argentina (siglos XIX y XX)* (2016) ambas junto con Roberto Di Stefano.